que el de considerar en esto á dicho príncipe «superior á los vascones de España» (1). Nuestro concilio de Elvira, en su canon VI, excluye de la comunión aun *in extremis*, al que con maleficios causa la muerte de otro: rigor que indica la frecuencia del delito. Si Orosio y San Martín de Dume combaten la magia, lo hacen á mi entender, menos como españoles que como católicos que recordaban el precepto mosaico, repercutido desde las primeras á las últimas páginas de la BIBLIA: «No se halle entre vosotros.... quien pregunte á adivinos, y obsérve sueños y agüeros, ni sea hechicero.... Cosas abominables al Señor» (2). Tanto es así, que apenas damos un hereje de la importancia del gallego Prisciliano; la herejía va más allá de los celtas en la evocación necromántica, y más allá de los maniqueos en la observación astrológica, pues que supeditó á influencias espirituales cada una de las facultades de nuestra alma, y á influencias materiales cada una de las partes de nuestro cuerpo.

Pero cuando la magia acreció en nuestro país fué en la época visigoda, contribuyendo no poco á ello las razas extranjeras que le habitaban, griegos, romanos, sirios y hebreos. La *catoptromancia* ó adivinación persa mediante superficies relucientes, la *necromancia* ó evocación egipcia de los muertos, y la *lycantropia* ó transformación celta de los hombres en lobos, fueron, con otras cien, preocupación constante de libres y de siervos. Y había *augures*, de origen etrusco, que inspeccionaban las entrañas de las víctimas, y *sortílegos*, de origen heleno, que echaban suertes, y *saludadores*, de origen romano, que pretendían curar enfermedades, sin que bastaran las disposiciones de nuestros prelados y monarcas, los cuales, inspirándose en su ilustre paisano Teodosio *el Grande*, tendieron á cauterizar con mano firme el cáncer que nos devoraba desde las columnas de Hércules á las márgenes del Loira. Porque ni el concilio de Narbona de 589, que condena á los consultadores de adivinos, si son libres, á multa de seis onzas de oro en favor de los pobres, y si son siervos y criadas (*servi et ancillæ*), á ser azotados en público; ni Sisebuto (612-621), que llega á reprender en sus cartas al obispo de Barcelona, Eusebio, porque tolera en su diócesis representaciones escénicas con dejos paganos; ni el cuarto sínodo de Toledo de 633, en tiempo de Sisenando, que acuerda deponer de sus dignidades y encerrar en perpetua reclusión monástica «al obispo, presbítero ó clérigo que consulte á magos, arúspices, ariolos, augures, sortílegos ó á cualquiera que profese artes ilícitas»; ni el quinto de aquella ciudad de 636, en tiempo de Chintila, que anatematiza á quien pretenda adivinar cuándo morirá el rey para sucederle en el trono, remediaron éstas locuras.

Natural era que la corriente del Gualdele arrastrara tanta podredumbre. Y sin embargo, nada más lejos de aquella ley de la naturaleza. Algo se consiguió,

(1) Lampridio, *Vida de Alejandro Severo*.

(2) *Deuteronomio*, xviii, 10 y 12. Véanse *Eclesiástico*, xxxiv, 5. *Hechos de los Apóstoles*, xix, 19. *Galatas*, v, 20, etc.

pero fué poco. No habiendo la desgracia extirpado el mal, ¿qué había de esperarse del castigo?

Pasado el riesgo de los primeros días, apenas transcurrido un siglo desde la catástrofe nacional, la magia levanta la cabeza en la misma cuna de nuestra Reconquista, en el mismo suelo asturiano. Y Ramiro I (842-850) tiene que imponer á los magos la pena del fuego: *magicis per ignem finem imposuit* (1). Y la gangrena, que por un lado se extiende á los confines de León, en cuyos Estados el sínodo de Coyanza de 1050 «llama á penitencia á los pecadores de maleficio» (2), tuerce por otro á Santiago de Galicia, cuyo sínodo de 1056 «prohíbe hacer agüeros ó encantamientos» (3).

Ni paró aquí el contagio, pues más adelante descendió hasta Castilla, donde el insigne Alfonso VI (1072-1108) consultó á rabinos demoniacos antes de la triste batalla de Zálaca, como Saúl había consultado á la Pytonisa de Endor antes de la triste batalla de Gelboé (4); y más adelante subió hasta Aragón, donde el no menos insigne Alfonso I (1104-1134) dió en adivinaciones de cuervos y cornejas, siendo acusado por ello de sacrilego é indiscreto; *ipse mente sacrilegio pollutus, nulla discretione formatus* (5). ¡Tan inoculado se hallaba en nosotros el virus gentilico, que emponzoñaban más y más los judíos con su Kábala y los moros con su Korán, aquéllos y éstos intérpretes de las ciencias é ignorancias, arias y semitas, de las regiones orientales!

Y como el centro de dichas enseñanzas era Toledo, de aquí el renombre de la antigua corte de Leovigildo. Cuantos restos de cultura importaron los filósofos de Arabia y los embajadores de Grecia, venidos en el siglo X á las academias de Abderrahman III, y los capitanes, no ya de Francia, sino hasta de Constantino, como Pedro Paléologo, venidos en el siglo XI á las huestes de Alfonso VI, se condensaron en la ciudad del Tajo, que reflejó las virtudes y vicios de todos tiempos y lugares, de todos ciclos y naciones. A la sombra de los conocimientos físicos y metafísicos del Oriente, esparcidos por el metropolitano D. Raimundo, se deslizó el de la magia, en cuya tentación seguían cayendo gobernantes y sabios. Si Recesvinto, que tanto legisló contra arúspices y encantadores, parece que dió en ellos, *sacrificabat daemionibus* (6), el judío converso de Sevilla, Juan Avendhut, que tanto debía á su protector el arzobispo toledano, y tanto se debía á sí propio después de convertido, no ya extendió sus traducciones del árabe al romance á libros de quiromancia, fisionomía y astrología judiciaria, sino que adquirió fama en este género de estudios.

Las aulas de la española Atenas viéronse frecuentadas por individuos de todos los países, desde Morlay el inglés á Hermán el Dálmata. Se disputó en ellas

(1) Cronicón albedense. Núm. 59 de la edición de Flórez.

(2) Aguirre, *Colección de concilios*, tomo III.

(3) Id., id., id.

(4) I Reyes, xxviii y xxxi.

(5) *Historia compostelana*, lib. 1, cap. Lxiv.

(6) *Historia hispana*, de Rodrigo Sánchez de Arévalo.

de omni scibili. Y su esplendor adivinatorio penetró las sombras de las futuras edades. Soñando con una piedra fisolofal que nos librara de la miseria, y hasta con una panacea universal que nos librara de la muerte, empezamos á rasgar el velo que encubría el santuario de la ciencia. Lo real fué sustituyendo á lo fantástico, mediante la experimentación, en cuanto pudimos y podemos sustituirlo, dados nuestros escasos medios de conocer. Y las ideas de Dios y de la Naturaleza aparecieron más diáfanas. Al lado de alquimistas ó astrólogos que, considerando demoniacos nuestros fenómenos nerviosos, demandaban pena de muerte contra un simple enfermo de histerismo, levantáronse otros que, repitiendo el «No conviene apelar á la ilusión mágica cuando baste la razón filosófica» del P. Rogerio Bacon (1), demostraron que apenas hay descubrimiento moderno en que no estuviesen iniciados. Profundos conocedores de la antigüedad clásica, quizá obtuvieron la «pólvora» al recuerdo de las «piedras inflamadas» de Vulcano, y el «ácido hidrolórico» al recuerdo del «aceite de sal» de que habla Aristóteles (2); quizá vislumbraron el «pararra-yos» al recuerdo de la leyenda de Tulio Hostilio, víctima de su mismo experimento, como siglos después lo sería Franklin.

Pero antes de realizar tales maravillas; ¡cuánto no hubo de sufrir la humanidad estudiosa! De tintes diabólicos rodeabase entonces al que se encumbraba á las alturas de una posición social ó de una gloria literaria, ya se tratara de personas muertas, como nuestro Gerberto, que de simple monje benedictino llegó á papa con el nombre de Silvestre II (999), ya se tratara de personas vivas, como Miguel Scoto, así apellidado á causa de su nacionalidad escocesa, propagador del averroísmo en Francia é Italia (hacia 1230). Sabio era, en efecto, sinónimo de nigromante, al rumor de cuyos conjuros y crisoles salían lo mismo los efluvios del oro que el virus de las epidemias. Y estas supersticiones influían de tal modo en el pueblo, que cuando Juan II quiso hacer marqués de Villena á su tío el infante Enrique de Aragón, los naturales de la ciudad se opusieron resueltamente, acordando que el marquesado pasara á la Corona, según pasó á perpetuidad en tiempo de los reyes Católicos.

La mayoría de las artes mágicas, al enervar los corazones y oscurecer los entendimientos, contribuyeron á retardar la obra de nuestra Reconquista, como habían contribuido á precipitar la ruina del imperio godo. Pero tal era la fuerza de la tradición gentilica, que nadie se preocupaba de estos peligros, aumentados ahora con las irreverencias y supersticiones que traían del Oriente los expedicionarios catalanes y aragoneses (1302-1313), y traerían del Norte los aventureros franceses de Duguesclin y los caballeros ingleses del Príncipe Negro (1366-1367). Hasta Alfonso X, que enumeraba entre las causas de desheredación paterna la de que el hijo resultara hechicero ó encantador, «ó fiziere vida con

(1) R. Bacon, *De secr. oper. art. et nal.* C. V.

(2) Aristóteles, *Problem.* xxiii, 13.